

La fiesta se puede organizar, la alegría no. Sólo puede ofrecerse como don

“La habilidad no está en organizar una fiesta, sino en traer a personas capaces de poner alegría”. Son palabras de Nietzsche citadas por Benedicto XVI. Haciendo balance del año 2008, el Papa ha vuelto sobre uno de sus temas favoritos: la diferencia y la relación entre la fiesta y la alegría. No es la fiesta la que causa la alegría sino al revés. La verdadera fiesta es manifestación de la alegría.

Esto se comprueba en las fiestas cristianas, de un modo particularmente entrañable en la Navidad. **“Cada familia siente el deseo de reunirse, para disfrutar la atmósfera única e irrepetible que esta fiesta es capaz de crear”.** Según el Papa, una fiesta es **“un acontecimiento en el que todos están, por así decirlo, fuera de sí mismos, más allá de sí mismos, y así consigo mismos y con los demás”.**

Cabe preguntarse: ¿no es esto una paradoja? ¿Cómo es posible que saliendo de sí mismo alguien se sienta feliz? Podría suceder por una evasión de los problemas de la vida, a veces acuciantes. Así se produciría quizá una alegría como efecto de la fiesta, pero una alegría artificial y efímera. La alegría auténtica no es esa. El “éxtasis” auténtico no puede ser una droga alienante, sino el rechazo del egoísmo, para ir al encuentro de Dios y de los demás. En ese proceso cada uno encuentra lo mejor de sí mismo. Y esto es posible porque estamos hechos en conexión con ellos. Por eso cuando descubrimos y vivimos esa conexión, surge la alegría, que a su vez acrecienta la comunión.

La alegría cristiana no aparece como resultado de la fiesta, sino que antecede a la fiesta, es la causa de la fiesta, porque lo que se celebra es que Dios está con nosotros: **“Él está presente –señala el Papa–, Él entra en medio de nosotros. Se ha abierto el cielo y esto hace luminosa la tierra. Esto es lo que hace alegre y abierta la vida y lo que nos une con una alegría que no es comparable con un festival rock”.**

Nietzsche tenía razón al decir que la clave no está en la “fiesta” como actividad, sino en la fiesta como manifestación de la alegría de las personas. **“La fiesta –observa el Papa– es parte integrante de la alegría. La fiesta se puede organizar, la alegría no. Sólo puede ofrecerse como don”.**

Es lo que se expresa en los “Belenes” o en los “Nacimientos”, y también en los Iconos orientales de la Navidad. Cada vez que preparamos materialmente esas representaciones o las contemplamos, hacemos no “un juego de niños”, sino un ejercicio de madurez: caer en la cuenta de lo más bello y más grande que jamás ha podido suceder: el acontecimiento maravilloso de un Dios –el único vivo y verdadero– que entró en la vida de los hombres para compartir todo lo nuestro y ofrecernos todo lo suyo. Es también lo que cantan los villancicos.

Los adultos nos acostumbramos a todo y somos capaces de matar la vida. Los niños, en cambio, pueden dar vida a unos tacos de madera. Por más que la tecnología trate de hacer juguetes casi humanos, no alcanzará la capacidad de soñar que tienen los niños. Dios se hizo hombre haciéndose primero, como es normal, niño. Y así comenzó a mostrar claramente su corazón.

La Navidad trae la alegría, no como un sentimiento superficial y pasajero, sino como un don de Dios. Según San Pablo, la alegría es fruto del Espíritu Santo que nos incorpora a la vida de Cristo. Y para Benedicto XVI, **“la alegría es el don en el que todos los demás dones están resumidos. Es la expresión de la felicidad, del estar en armonía consigo mismos, algo que sólo puede derivarse de estar en armonía con Dios y con su creación. Forma parte de la naturaleza de la alegría el irradiarse, tener que comunicarse. El espíritu misionero de la Iglesia no es más que el impulso por comunicar la alegría que se nos ha dado”.** Esa alegría que es capaz de convertir en fiesta todos los días de la vida.

Ramiro Pellitero, Instituto Superior de Ciencias Religiosas, Universidad de Navarra